

¿Qué se puede esperar de la ciencia en términos de progreso moral?

Jorge R. De Miguel
(UNR-UNL)

El progreso moral y el conocimiento científico caminan a distintas velocidades. Recurrentemente, ante grandes acontecimientos científicos (la conquista del espacio exterior, los trasplantes de órganos, la clonación, la ingeniería genética, entre otros) nos preguntamos si se han logrado similares avances en la vida moral. Tales innovaciones no sólo promueven una necesaria evaluación ética, sino que contrastan fuertemente con catástrofes morales, como fueron los casos de las guerras mundiales, el Holocausto del pueblo judío, los totalitarismos del siglo pasado y las contiendas civiles y tribales de hoy.

¿Puede la ciencia contribuir todavía en algo para mejorar moralmente a la raza humana? Una respuesta pesimista sería que nada puede hacer, si es que el progreso moral debe ser promovido *directamente* por la ciencia, vale decir, si se sigue sosteniendo, contra todas las evidencias históricas del siglo XX, que los males morales de la humanidad se curan con mayor conocimiento científico, a fin de superar las supuestas “verdades” religiosas y metafísicas. En la exposición que sigue, defenderé la tesis de que las teorías científicas, en distinto grado según el tipo de ciencia, pueden constituirse en un *estímulo indirecto* del progreso moral. Las herramientas para que este último se produzca sólo residen *en parte* en el avance del conocimiento y la tecnología. Antes bien, se apoyan en el progreso de la *razón pública*, en los modos en que justificamos nuestro comportamiento moral ante los demás. En ese terreno, el aporte decisivo debe provenir de la ética filosófica y de las ciencias sociales y humanísticas, ya que supone avanzar en el reconocimiento de los diversos modos humanos de vida y en el respeto por el medio ambiente y los animales.

Pueden distinguirse tres etapas en la evolución de la relación entre ciencia y moralidad: a) *convergencia* entre ambas (períodos antiguo y medieval); b) *crítica y replanteamiento de la convergencia* (modernidad); c) *aceptación de la divergencia* (mediados del siglo XX en adelante). La ciencia y la moralidad componen órdenes distintos de la vida humana, cuya divergencia es inevitable en una cultura secularizada. La convergencia que creían ver los pensadores clásicos sería hoy incompatible con el pluralismo de creencias en las sociedades democráticas y con la diversidad cultural global.

El bien y la verdad en el período clásico y en la modernidad

La divergencia que hoy se aprecia entre el bien y la verdad evolucionó desde una pretendida convergencia en la filosofía clásica. La aparición de la discusión política en las ciudades, en primer lugar, y luego, la difusión de las ideas sofísticas, entre otras razones, condujeron a Platón, siguiendo a Parménides, a postular que la verdad y el bien debían anteponerse en su validez a los debates públicos. Ciencia y filosofía moral se unían contra la relatividad de la *doxa*, la opinión. El diálogo filosófico era el instrumento para buscar la verdad, y no, la retórica persuasiva entre los ciudadanos. Subyace a esta postura la noción de que la verdadera sabiduría pertenece a los dioses. Los hombres sabios sólo pueden ser “amantes de la sabiduría”, a condición de despojarse de los intereses y los apetitos mundanos, vale decir, de la “prisión” de lo sensible. Es así que el sabio vive la muerte, el extremo de desprendimiento de la vida sensitiva, con felicidad. Condenado a muerte, Sócrates rechaza huir de la ciudad, pues la muerte es un bien y también lo es respetar las normas de la ciudad. Éstas han conducido su educación como ciudadano, son constitutivas de la ética de la *polis*, por lo que la obligación de respetarlas no depende de un argumento afortunado sofístico, sino de la necesidad de vivir en armonía con el *logos* público, que no es manipulable por el discurso. El orden jerárquico en la realidad, el conocimiento y la vida política, que habían planteado Platón y Aristóteles, fue luego consolidado por la doctrina cristiana. El mundo, creado por Dios, seguía su racionalidad y su voluntad, por lo que toda diversidad era reconducida a la unidad en la que bien y verdad coincidían.

La crítica moderna a la cultura y al pensamiento clásicos estuvo impulsada, como es sabido, por el Renacimiento y la revolución científica de los siglos XVI y XVII. El primero, bajo el influjo de la admiración por las obras artísticas de la Antigüedad, recuperó la centralidad del orden humano terrenal y revalorizó la razón y la naturaleza. Pero, las nuevas teorías de la astronomía y de la física produjeron un progresivo

desencantamiento de la misma. La naturaleza dejó de ser un universo ordenado según principios y fines, poblado de significados trascendentes, para convertirse en un orden mecánico, un conjunto de relaciones causales matematizables. Galileo Galilei, Francis Bacon y René Descartes postularon el objetivo de dominar la naturaleza, y no simplemente adaptarnos a ella. Para Galileo, no estamos ante un hogar que nos acoge amigablemente, sino ante un ambiente hostil e indiferente a los propósitos del hombre y su destino. Como resultado, comenzó a operarse una creciente separación entre el conocimiento científico y la moralidad, en la búsqueda de independizar a aquél de la teología medieval. En la perspectiva de Kant, la ciencia físico-matemática de la naturaleza se ocupaba de la investigación de los fenómenos que son *necesariamente*; la moralidad, en cambio, trataba del *deber ser* en las acciones humanas libres. Si bien ambos dominios están referidos al hombre, la crítica moderna promovió una suerte de *desdoblamiento del sujeto*: el yo cartesiano es pensamiento frente a objetos corpóreos mensurables matemáticamente; el yo trascendental kantiano reúne las condiciones de posibilidad del conocimiento y de la acción moral, pero se distingue del yo empírico sometido a las circunstancias.

El resultado de toda esta revisión moderna es la comprensión de que ciencia y moralidad provienen de dos dimensiones diferentes de lo humano. Ya no pueden emanar de un alma unificada, pues hemos reconocido una pluralidad interior que, si bien puede ser reconducida a una unidad, no es reflejo ni representación de una unidad sustancial del mundo. La razón es exaltada en su capacidad de producir el conocimiento y la ley moral, independizándose de las instituciones y tradiciones de pensamiento, como afirma el apotegma kantiano del Iluminismo: “Atrévete a pensar por ti mismo”. Ello condujo a Kant a sostener que la esperanza del progreso moral fincaba en el *uso público de la razón*, aquél que los *doctos* intercambian más allá de su pertenencia a instituciones privadas.

El desdoblamiento antes aludido transformó también la labor del científico. Ya no es quien confirma, con sus investigaciones sobre una región parcial de objetos, lo que ya se sabe de un orden armónico de la naturaleza. Para descubrir sus misterios, el científico debe renunciar a la percepción habitual de los sentidos y al lenguaje corriente para arribar a una “experiencia” sensible, preparada y organizada desde lo que ya es conocido a fin de comprobar nuevas teorías sobre lo no conocido. Ésta se expresa en un lenguaje formal y conceptual capaz de sostenerse en una confrontación entre iguales. Es decir, el científico, en su trabajo, no es un sujeto corriente y su objeto tampoco lo es: se ocupa de

lo que está “detrás” de los fenómenos, de lo que los sentidos no muestran o lo hacen deficientemente. De ese modo, se separa definitivamente de la opinión, basada en el sentido común, y también, de las creencias morales y religiosas.

Toda esta transformación del pensamiento, hecha posible por la liberación de la razón de sus ataduras, ya suscitaba críticas durante el período iluminista. Es sintomático que, hacia 1750, Rousseau ganara el Premio de la Academia de Dijon por haber elaborado la mejor respuesta a la cuestión planteada por ella: “Si el restablecimiento de las ciencias y las artes ha contribuido a depurar (o a corromper) las costumbres”. En el premiado “Discurso sobre las ciencias y las artes”, el ginebrino afirmaba que la ciencia y la técnica conspiran contra la virtud, pues corrompen la naturaleza humana, a la que juzgaba bondadosa y asentada en los sentimientos antes que en la razón. El Discurso incluía también un alegato contra los filósofos e intelectuales de la época y su idea de progreso, al tiempo que se oponía a la apertura del saber y de las artes más allá de quienes disponen de genio. Reivindicaba a los sabios, aunque les achacaba que se mantuvieran alejados del gobierno.

Divergencia entre el bien y la verdad

Sin embargo, las voces críticas fueron acalladas por los innegables logros de las distintas ciencias naturales, que indujeron una predominante tendencia triunfalista. El optimismo y la confianza ingenua en el progreso, que trasuntaba la Ilustración, fueron teorizados después por el positivismo. Sus certezas de que el avance del conocimiento hacia un estadio positivo superaría las etapas metafísica y religiosa y pacificaría la vida social, promoviendo un progreso indefinido, caló hondo en la cultura política de la segunda mitad del siglo XIX. Conformaron un ambiente optimista, cuya inocencia fue sacudida de modo irreversible por la Primera Guerra Mundial, iniciada en 1914. Había que explicar, entonces, por qué los nuevos modos vida, mejorados por el portentoso desarrollo de los transportes, las comunicaciones, los inventos y los descubrimientos científicos, sucumbían moralmente en la contienda bélica de mayor alcance de la historia y con las más severas violaciones de derechos humanos en su desenvolvimiento. Acontecimientos posteriores, aún más dañinos e inmorales, trastornaron, acaso para siempre, aquellas creencias esperanzadoras y conformaron una conciencia pesimista, ya visible a mediados del siglo XX. La muerte de la idea del progreso indefinido impulsado por la ciencia, y sus consecuencias políticas y sociales, dio lugar a una mirada de desconfianza hacia ella, que tendía a resaltar sus aspectos deshumanizantes. Son

emblemáticos del nuevo giro intelectual, entre otros, los ensayos de Martín Heidegger sobre la técnica (1953) y de Ernesto Sábato, en *Hombres y engranajes* (1951).

Como resultado del entramado entre pensamiento y vida social que he delineado cabe consignar, por un lado, la aceptación de la divergencia entre la ciencia y la ética, y, por otro, la necesidad de reconfigurar un aparato crítico filosófico sobre el conocimiento y la tecnología que de él deviene. En la medida en que ya no es posible la unidad postulada por los clásicos, el desafío para la ciencia es cómo restablecer una preocupación por lo ético, despojándose de una supuesta neutralidad impracticable y engañosa. Vale decir, cómo dotar a la ciencia de responsabilidad por los daños a la humanidad y al entorno natural y animal, sin detener el avance de la investigación y el rumbo hacia lo no conocido, ni tampoco, retornar a las visiones pre-modernas.

Reflexión final

El progreso moral no será ya la obra directa de un aumento del conocimiento de las ciencias naturales y exactas y de sus aplicaciones. Ello ha llevado a algunos pensadores posmodernos, como Richard Rorty, a desechar la razón y a confiar en un incremento de la solidaridad humana por el mejoramiento de la capacidad de sentir, de detectar el dolor y la humillación de nuestros congéneres. Antes que las teorías científicas y filosóficas, el autor norteamericano pensaba que el vehículo apropiado para ello serían los informes de prensa, la literatura, el arte comprometido, etc. Mi posición es que ese apresurado relevo del pensamiento racional nos quita un arma civilizadora decisiva. Recordando las premonitorias palabras de Hannah Arendt, la continuación en la búsqueda de nuevos conocimientos con la mayor independencia posible de los factores de poder de la ciencia (entre ellos, el poder político) constituye ya un progreso moral. La verdad, con todo lo difícil que sea determinarla, es una gran limitadora del poder. En este sentido, la filósofa alemana afirmaba que, en términos conceptuales, podemos llamar verdad a lo que no logramos cambiar ni manipular por la relación de fuerzas. El progreso moral, como tendencia, está asegurado, si el ámbito de libertad que denotan, por ejemplo, las Universidades y el Poder Judicial independiente, se mantiene ajeno a la dominación política. Como entrevió Kant, la presencia pública de la razón, y, agreguemos, el intercambio libre de los discursos prácticos en la sociedad civil y en las instituciones políticas democráticas, cuya efectiva concreción depende, en el largo plazo, de una educación igualadora de calidad, son los grandes motores del progreso moral. El crecimiento del conocimiento de las ciencias sociales y humanísticas, concientes ellas de

las fronteras planteadas por una ética filosófica crítica, y su traducción a compromisos globales vinculantes para el poder político, son las herramientas remanentes de la tortuosa historia y de las catástrofes morales del siglo XX.